

Mis recuerdos de Pablo VI

José Orlandis

Cuando la placidez veraniega del atardecer dominical del pasado 6 de agosto se vió bruscamente quebrada por la inesperada noticia del fallecimiento del Papa Pablo VI, también yo sentí la conmoción primero y el dolor después que muchos millones de católicos y hombres de buena voluntad experimentaban en aquellos instantes, a lo largo y a lo ancho del mundo. La muerte de un Papa es siempre un acontecimiento de primera magnitud. Lo era antes para Europa, cuando el Viejo Continente venía a ser como el solar de familia de la Cristiandad. Lo es ahora para todo el Orbe, cuando este planeta en que vivimos se nos ha transformado en una pequeña patria común. En la noche del 6 de agosto, los cristianos tuvimos sensación de orfandad; los demás no pudieron ignorar que se había doblado una página, en el libro de la historia universal.

En los días que siguieron, las noticias en torno al fallecimiento de Pablo VI, los juicios acerca de su figura y su pontificado llenaron las páginas de los periódicos y las informaciones difundidas por otros medios de comunicación social. El difunto Papa fue el protagonista de la actualidad periodística de aquellas jornadas, hasta la última, la del solemne funeral televisado, tras de la cual, la propia desaparición del Pontífice — ¡qué cruda muestra del *sic transit gloria mundi!* — dejaba ya de ser noticia. Al pedirme ahora

NUESTRO TIEMPO una colaboración en homenaje a Pablo VI, pensé que nada de valor podría añadir a cuanto se ha escrito «en caliente», a raíz del fallecimiento, y a cuanto escribirán, con mayor perspectiva y serenidad, los futuros historiadores de este importante pontificado. Prefiero por ello rendir mi tributo a la memoria de este Papa evocando sencillamente unos recuerdos que, si carecen como es notorio del interés y la trascendencia de los grandes testimonios, tienen en cambio, al menos para mí, una especial significación: la de ser recuerdos personales y, por eso mismo, noticia de primera mano y no préstamo ajeno.

No estuve nunca con el Papa Pablo VI. Tuve en cambio el privilegio de conocer y tratar personalmente a un prelado, todavía joven, de la Secretaría de Estado del Vaticano, que se llamaba Juan Bautista Montini. Este hecho, que a muchos lectores puede parecer extraño, resulta fácil de entender si se tiene en cuenta que las circunstancias hicieron que me tocase vivir en la ciudad de Roma una de las épocas que quizá puedan figurar entre las más intensas y trepidantes de su historia muchas veces centenaria. Llegué a Roma para investigar en la Biblioteca Vaticana a primeros de noviembre de 1942. El curso de los acontecimientos públicos —los avatares de la Segunda Guerra Mundial—, hicieron imposible el regreso a España y me obligaron a permanecer en la Ciudad Eterna durante tres años, hasta noviembre de 1945. La Italia mussoliniana, la caída del Fascismo, la ilusión del Armisticio, la ocupación militar alemana, la guerra cada vez más próxima, hasta la conquista de Roma por los Aliados, son como otros tantos cuadros de un drama, cada uno con su propio decorado, que se sucedieron ante nuestra mirada expectante, a ritmo casi de vértigo.

En aquella Roma insólita, la historia se aproximaba sigilosamente a la realidad cotidiana y, a su vez, cada una de aquellas densas jornadas cristalizaban rápidamente en historia. En aquel forzoso aislamien-

to, la soledad en que discurría la vida de la ciudad, sin comunicación apenas con el resto del mundo, hacía fácil el conocimiento y hasta el trato de personas, cuyo nombre tenía, o alcanzó después, resonancias muy amplias. ¡Cuántas mañanas, en el silencioso sosiego de la Biblioteca Vaticana crucé un saludo con su Secretario, entonces casi un desconocido, pero que se llamaba Alcides de Gasperi! Solamente una situación tan extraordinaria como aquella hacía posible lo que en otros momentos no hubiera sido ni siquiera imaginable: que un joven catedrático español pudiera ser recibido por el papa Pío XII y tener con él, a solas y sin prisas, dos audiencias inolvidables. Este clima romano irreplicable fue también el contexto en que conocí y traté a Mons. Juan Bautista Montini.

Mons. Montini no era entonces Cardenal y ni aun siquiera obispo. Era un prelado de unos 45 años que dirigía la Sección de Asuntos Ordinarios de la Secretaría de Estado. Pero su nombre sonaba ya familiarmente en todo el mundo, porque aparecía amenudo en los periódicos, al pie de telegramas y comunicados vaticanos, acompañado de uno de los títulos más originales de la Jerarquía Administrativa de la Curia: «Sustituto». En Roma, Mons. Montini era bien conocido; tenía fama de sacerdote bueno y celoso y de intelectual de prestigio, profundamente interesado por los modernos problemas culturales y humanos. Se le tenía, además, por colaborador fidelísimo de Pío XII y persona de su absoluta confianza.

Me presentó un día a Mons. Montini un subordinado suyo en la Secretaría de Estado, Mons. Fernández Conde, amigo muy querido que después fue, hasta su prematura muerte, obispo de Córdoba. Luego tuve el honor de ser recibido por Mons. Montini y charlar con él en diversas ocasiones. Guardo un recuerdo imborrable y gratísimo de aquellas audiencias, a las que me abrió fácil acceso —estoy seguro de ello— mi condición de universitario. Yo creo que el trabajo apos-

tólico con estudiantes universitarios, que Mons. Montini había desarrollado con ilusión en sus primeros años de sacerdocio, seguía siendo su inclinación innata, reprimida, contrariada, me atrevería a decir, por los apremiantes deberes que le imponía su alto cargo curial.

La mirada viva, inquisitiva, de Mons. Montini, con la que parecía avizorar desde una perspectiva cristiana los interrogantes que se abrían por entonces en la vida del mundo, era una mirada penetrante pero no hiriente, porque la arropaba la bondadosa amabilidad y la mesura del gesto. Mons. Montini gustaba estudiar a fondo las cuestiones y tratarlas además con orden. Le hacía gracia —y me lo dijo alguna vez— cuando, para evitar que se quedase alguna cuestión en el tintero, sacaba yo la agenda donde había anotado los temas de que deseaba hablarle aquel día. Y él se interesaba a fondo por los problemas, los enjuiciaba con lúcida comprensión y prolongaba gustosamente la conversación, como si no apremiase el tiempo. Tan solo cuando en la estancia contigua sonaba el timbre inconfundible de un determinado teléfono, Mons. Montini se ponía rápidamente en pie, pedía perdón por interrumpir la charla y se ausentaba durante unos momentos. Era el teléfono del Papa, el hilo directo por el que Pío XII llamaba a su íntimo colaborador, seguro de encontrarlo siempre en su puesto. Luego, Mons. Montini volvía a entrar y el curso de la audiencia se reanudaba con toda naturalidad, como si nada hubiera pasado.

Un dicho muy sabido es aquel de que no existe gran hombre para su ayuda de cámara. Es un dicho que tiene algo de verdad, en el sentido de que un dato importante para valorar a una persona es conocer cual sea el juicio que tienen sobre ella sus colaboradores más modestos, que son testigos permanentes de su vida ordinaria. A la vuelta de algún tiempo, el ujier que introducía a los visitantes en la antecámara de

Mons. Montini ya me conocía. Recuerdo que un día en que no había nadie más esperando y la visita anterior se prolongaba más de lo habitual, el buen hombre se creyó obligado a darme conversación, para hacerme más llevadera la espera. En la charla surgió, como en confidencia, la opinión que le merecía Mons. Montini, la imagen que presentaba ante sus ojos. Y en un lenguaje pintoresco de romano viejo, mezcla de sabiduría popular y sentido cristiano, me hizo este retrato que recuerdo a la letra: «*Monsignore é proprio un santo: ¡lavora sempre, quasi non dorme e mangia come un uccelletto!*». Pienso que no pude menos de sonreír al escuchar esa definición, un tanto peregrina, quizá, pero sincera, salida de los labios de aquel observador de excepción de la vida de cada día del futuro Papa.

Nunca volví a ver a Mons. Montini en los treinta o treinta y cinco años que corrieron desde aquellas fechas lejanas hasta el día de su fallecimiento. Esto significa, naturalmente, que nunca estuve con el Papa Pablo VI. En varias ocasiones pude, sin embargo, saber que se conservaba vivo, al cabo del tiempo, el recuerdo de aquellos encuentros. Compañero en esas audiencias fue casi siempre otro universitario y amigo incomparable, con quien compartí alegrías y zozobras en aquellos difíciles años romanos: Salvador Canals, un finísimo jurista que trabajaba en la Biblioteca Alessandrina, bajo la dirección del mercantilista Asquini en una tesis sobre *El contrato de reproducción cinematográfica*, que había comenzado en Madrid junto al Prof. Garrigues.

Mi amigo, uno de los espíritus más nobles que jamás he conocido, se hizo romano para toda la vida. Sacerdote más tarde, fue Auditor de la Rota Romana y murió en la plenitud de la edad, en mayo de 1975. Salvador Canals, por razón de su cargo, estaba con el Papa por lo menos una vez al año, cuando el Pontífice concedía la tradicional audiencia al Tribunal de la Rota. El me hizo llegar en alguna ocasión el recuerdo de

Pablo VI; otra vez me lo transmitió por una carta Mons. dell'Acqua, que luego fue Cardenal Vicario. Estas y otras cosas se agolpaban en mi mente en la noche del 6 de agosto y añadían un hálito de emoción personal al sentimiento de dolor que embargaba a millones de cristianos por la muerte de Pablo VI.

la imagen que presentaba ante sus ojos. Y en un lenguaje pintoresco de romano viejo mezcla de sabiduría popular y sentido cristiano, me hizo este relato que recuerdo a la letra: «Yo siempre he pensado como un ucchietto». Pienso que no puede menos de sentir al escuchar esta definición, un tanto peregrina, quisiera saber de los labios de aquel observador de excepción de la vida de cada día del mundo. Nunca volveré a ver a Mons. Montini en los treinta y cinco años que corrieron desde aquella fecha hasta el día de su fallecimiento. Esta situación naturalmente, que nunca estuvo en el Pabellón. En estas ocasiones pude sin embargo saber que se conservaba vivo, al cabo del tiempo, el recuerdo de aquellos encuentros. Comparo en esas audiencias que casi siempre eran universitarias y amigos incomparables, con quien comparto alegrías y sorpresas en aquellos últimos años romanos. Salvador Canals, un famoso jurista que trabajaba en la biblioteca Alessandrina bajo la dirección del mercantilista Asquini en una tesis sobre el contrato de compraventa cinematográfica que había trabajado en Madrid junto al Prof. Garçon.

Mi amigo, uno de los espíritus más nobles que jamás he conocido, se hizo romano para toda la vida. Se convirtió más tarde, fue Auditor de la Rota Romana y murió en la plenitud de la edad, en mayo de 1975. Salvador Canals, por razón de su cargo, estaba con el Papa por lo menos una vez al año, cuando el Pontífice concedía la tradicional audiencia al Tribunal de la Rota. El me hizo llegar en alguna ocasión el recuerdo de